

casas misteriosas que Leoni parecía tener á su disposición en todos los países; aquella era sombría, destartada y como escondida en un barrio desierto de la ciudad. Díjome que aquella casa pertenecía á un amigo suyo que se hallaba ausente á la sazón; y me rogó que no me aburriese demasiado en ella por un día ó dos, añadiendo que razones importantes le impedían presentarse inmediatamente en la ciudad, pero que dentro de veinticuatro horas todo lo más me vería perfectamente alojada, y no tendría que quejarme de mi permanencia en su patria.

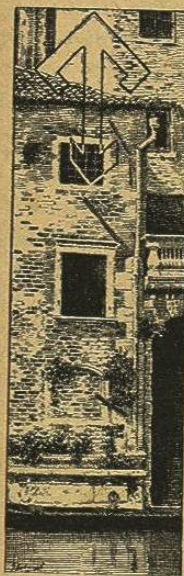
Acabábamos de almorzar en una sala húmeda y fría, cuando se presentó un hombre de mala facha, pobremente vestido y con cara enfermiza, diciendo que Leoni le había enviado á llamar.

—Sí, sí, amigo Tadeo—respondió Leoni levantándose con precipitación;—sea usted muy bien venido, pero pasemos á otra pieza para no fastidiar á esta señora con negocios pesados.

Una hora después vino á verme Leoni; parecía agitado, pero contento, como si acabara de alcanzar una victoria.

—Tengo que dejarte por algunas horas—me dijo—para hacer preparar tu nueva habitación. Mañana dormiremos en ella.

## X



Como aquel día estubo fuera de casa, y al siguiente salió muy temprano; parecía estar sumamente ocupado, pero nunca le había yo visto tan alegre, lo que me dió ánimo para aburrirme otras doce horas, y desvaneci6 la triste impresión que me causaba aquella casa fría y silenciosa. Por la tarde, con objeto de distraerme un poco, me puse á reconocerla, y ví que era en efecto muy antigua; algunos restos de antiguos muebles, pedazos de rancios guadamaciles, y varios cuadros medio roídos por las ratas ocuparon mi atención, pero un objeto más interesante para mí me sumergió en otros pensamientos. Al entrar en el cuarto en que había dormido Leoni, ví en el suelo el famoso cofrecillo, que estaba abierto y

enteramente vacío, lo que me quitó del corazón un peso enorme;—¡ya había volado el desconocido dragón encerrado en aquel cofre! ¡ya no pesaba sobre nosotros el terrible destino que á mi entender representaba!—Vamos, me dije sonriendo, ya está vacía la caja de Pandora, y la esperanza ha quedado para mí.

Iba ya á retirarme, cuando puse el pie sobre un pedazo de algodón en rama, entre varios pedazos achuchados de papel de seda; sentí bajo mi pie algo duro, y lo cogí maquinalmente. Encontraron mis dedos el mismo cuerpo sólido entre el algodón, y habiéndole quitado me encontré una aguja de oro guarnecida de soberbios brillantes, que reconocí al instante por pertenecer á mi padre, y por haberme servido el día del último baile para sujetar una banda sobre mi hombro dere-



cho: esta circunstancia me hirió tan al vivo, que no volví á pensar en el cofre ni en los secretos de Leoni; sólo sentí una vaga inquietud por aquellas joyas que me había llevado en mi fuga, y en que no había vuelto á ocuparme, creyendo que Leoni se las había devuelto á mi familia inmediata-

mente. El temor de que no se hubiera acordado de dar este paso me heló la sangre en las venas; y cuando volvió Leoni, lo primero que le pregunté con ingenuidad, fué si había devuelto sus diamantes á mi padre, cuando salimos de Bruselas.

Echóme Leoni una mirada extraña, como si quisiera penetrar hasta los más recónditos secretos de mi alma.

—¿Por qué no me respondes?—le dije.—¿Te admira mi pregunta?

—¿Qué diablos estás ahí hablando?—repuso sin inmutarse.

—Es que hoy—le dije—entré en tu cuarto por pasar el rato, y me encontré esto en el suelo, por lo que empecé á temer que en medio de nuestros viajes y en la agitación de nuestra fuga, te hubieses olvidado absolutamente de devolver todas las otras joyas. Yo entonces no estaba siquiera para preguntártelo, tal era la confusión en que me hallaba:

Esto diciendo, le presenté la aguja de oro sin mostrar la más remota sospecha, por lo que cogiéndola él con la mayor impavidez:

—Á fe mía—me dijo—que no sé en qué consiste esto. ¿Dónde te la has encontrado? ¿Estás segura de que pertenece á tu padre, y de que no se la ha olvidado alguno de los que han ocupado esta casa antes que nosotros?

—Segura; ahí tienes junto á la marca un sello casi imperceptible. Con un antejo podrías reconocer la cifra de mi padre.

—Pues señor, sea—me dijo;—esta aguja se habrá quedado en alguno de nuestros cofres de camino, y la habré dejado caer esta mañana sacudiendo algunas ropas. Por fortuna es la única joya que se nos ha quedado por inadvertencia; todas las demás se las he enviado á una persona de toda confianza con dirección á Mr. Delpech, que se las habrá entregado exactamente á tu familia. No creo que esta merezca la pena de que la enviemos; antes bien sería reavivar el dolor de tu madre por poquísimos dineros.

—Sin embargo, siempre valdrá dos mil duros por lo menos—le respondí.

—¡Como tú quieras! Guárdala hasta que hallemos una ocasión para remitirla. Pero veamos. ¿Estás pronta? ¿Has cerrado ya los cofres? Una góndola está amarrada á la puerta y tu casa te espera con impaciencia; ya están sirviendo la cena.

Media hora después nos detuvimos á la puerta de un magnífico palacio.

Estaban las escaleras cubiertas de ricas alfombras de paño color de amaranto; las barandas, de mármol blanco, se veían cubiertas, á pesar de que estábamos en el rigor del invierno, de naranjos en flor y de esbeltas estatuas que parecían inclinarse hacia nosotros para saludarnos. El conserje y cuatro criados con librea salieron á ayudarnos á desembarcar; tomó Leoni el hacha encendida de uno de ellos, y levantándola en alto, me hizo leer sobre la cornisa del peristilo, en letras de plata sobre campo azul, esta inscripción: *Palazzo Leoni*.—¡Oh amado mío! exclamé.—Con que en efecto no nos habías engañado? ¡Eres rico y noble, y estoy en tu palacio!

Recorrí todo el interior del edificio con una alegría infantil;

era en efecto uno de los más hermosos de Venecia. El ajuar y las tapicerías, nuevos y flamantes, habían sido copiados sobre los antiguos modelos, de modo que las pinturas de los techos y la antigua arquitectura, estaban en perfecta armonía con los nuevos accesorios. Nuestro lujo de comerciantes y de hombres del Norte es tan mezquino, tan calculado, tan vulgar, que jamás había yo podido formarme ni aun remota idea de semejante elegancia. Corría yo por las inmensas galerías como por un palacio encantado; todos los objetos tenían para mí formas inusitadas, un aspecto nunca visto; preguntábame á mí misma si estaba soñando ó si era real y verdaderamente la señora de todas aquellas maravillas. Y además todo aquel esplendor feudal me rodeaba de un nuevo prestigio. Nunca había yo comprendido el placer ó la ventaja de ser noble; en Francia ya no se sabe lo que es serlo; en Bélgica no se ha sabido nunca. Pero en Italia, la poca nobleza que queda es todavía fastuosa y altiva; nadie derriba los palacios, antes bien se los deja arruinarse. En medio de aquellas paredes cargadas de escudos de armas y de trofeos, bajo aquellos techos cincelados, en frente de aquellos antecesores de Leoni, pintados por Ticiano y el Veronés, unos graves y severos bajo sus mantos forrados de armiño, otros elegantes y airosos bajo su ropilla de raso negro, comprendía yo la vanidad del nacimiento, que puede ser tan amable y tan brillante cuando no decora á un necio. Toda aquella atmósfera de aristocracia decía tan bien á Leoni, que aun hoy me sería imposible figurármelo plebeyo: era en verdad á no dudarlo el descendiente de aquellos caballeros de barba negra y manos de alabastro, cuyo tipo ha inmortalizado Van-Dyck: tenía su perfil aguileño, sus facciones nobles y delicadas, su alta estatura, y su mirada juntamente irónica y afectuosa. Si aquellos retratos hubieran podido andar, hubieran andado como él; si hubieran podido hablar, hubieran tenido su acento. ¡Y qué! le decía yo estrechándole entre mis brazos; ¿eres tú, mi señor Leone Leoni, eres tú el mismo que estabas el otro día en aquella quesera entre las cabras y las gallinas, con una azada en el hombro y una blusa (1) ceñida al cuerpo?

(1) Esta voz está tan admitida en castellano, que no creemos necesario explicar lo

¿Eres tú el mismo que ha vivido seis meses de ese modo con una pobre mujer sin nombre y sin talento, y que no tenía otro mérito que el de amarte? ¿Y vas á tenerme á tu lado, vas á amarme siempre y á decírmelo todos los días como en nuestro retiro? ¡Oh! esa suerte es demasiado feliz para mí; yo nunca había aspirado á tanto, y ese porvenir me aterra al mismo tiempo que me hechiza.

—No tienes de qué aterrarte, amada mía—me dijo sonriendo con dulzura;—siempre serás mi compañera y mi reina. Ahora vamos á cenar; tengo que presentarte dos convidados; arréglate el cabello, ponte elegante, y cuando te llame mi esposa, no des la menor señal de sorpresa.

Hallamos una cena exquisita en una brillante mesa cubierta de plata, cristales y porcelanas. Leoni me presentó con toda gravedad sus dos convidados, que eran también venecianos, de buena figura, elegantes en sus modales y, aunque muy inferiores á mi amado, un si es no es parecidos á él en la pronunciación y en todo. Preguntéle en voz baja si eran parientes suyos.

—Sí—me respondió riendo y en alta voz;—son primos míos.

—Seguramente—añadió el que llamaban el marqués Lorenzo de...;—todos somos primos.

Al día siguiente, en vez de dos convidados, tuvimos cuatro ó cinco diferentes en cada comida; en menos de ocho días nuestra casa se vió inundada de amigos íntimos, que me arrebataron por cierto muchas dulces horas que hubiera podido pasar con Leoni, y que tuve que repartir con todos ellos; pero Leoni, después de tan larga ausencia, tenía sumo placer en volver á ver á sus amigos, y en pasar una vida alegre; yo no podía formar ningún deseo contrario á los suyos, y me complacía además en verle agradablemente entretenido. Es seguro que la sociedad de aquellos hombre era en extremo deliciosa; todos ellos eran jóvenes ó elegantes, alegres ó ingeniosos, amables ó decidores. Dedicábamos todas las mañanas á los placeres de la música, y por las tardes nos paseábamos en góndola por los canales; después de comer íbamos al tea-

que significa; pero por si alguno de nuestros lectores no la conoce, diremos que se da este nombre á un saco ó túnica de lienzo con mangas, que llega hasta la mitad del muslo, y que usan los trabajadores.—(N. del T.)

tro y á la vuelta cenábamos, después de lo cual Leoni y sus amigos se ponían á jugar. No me gustaba nada presenciar esta última diversión, en la que pasaban todas las noches de mano en mano inmensas sumas, y como Leoni me había permitido que me retirara después de cenar, nunca dejaba yo de hacerlo así.

Poco á poco fué aumentando de tal modo el número de nuestros conocidos, que ya llegó á causarme enojo y fastidio, pero no quise manifestarlo; porque aquella vida disipada, cada día era al parecer más del gusto de Leoni. Todos los elegantes de todas las naciones residentes en Venecia venían á nuestra casa á beber, á jugar, á tocar y á cantar; los mejores cantores de los teatros venían con frecuencia á mezclar sus voces á nuestros instrumentos y á la voz de Leoni, que no era ni menos bella, ni menos hábil que la suya; pero á pesar de todos los atractivos de aquella sociedad, cada vez sentía yo más la necesidad del reposo. Verdad es que todavía de vez en cuando pasábamos solos algunas horas deliciosas; los elegantes no venían todos los días, pero nuestra reunión cotidiana se componía de una docena de personas que nunca faltaban á nuestra mesa. Tanto las apreciaba Leoni, que no podía yo menos también de mostrarme amable con ellas, y á decir verdad, aquellos hombres eran tan superiores á todos los demás que nos rodeaban, que parecían otros tantos vivos reflejos de Leoni. Todos ellos tenían entre sí aquella especie de aire de familia, aquella conformidad de ideas y de lenguaje que me llamó la atención desde el primer día; observábase en ellos además un no sé qué de sutil y refinado que no tenían los otros, ni aun los más principales. Su mirada era más penetrante, sus respuestas más prontas, su continente más reposado y señoril, su prodigalidad de mejor gusto. Todos tenían una especie de autoridad moral sobre una parte de aquellos recién venidos, y les servían de modelo y de guía, primero en las cosas pequeñas, y luego en las grandes. Leoni era el alma de todo aquel cuerpo, el jefe supremo que imponía á aquella brillante asociación masculina la moda, el buen tono, los gastos y los placeres.

Aquella especie de imperio le agradaba, lo que no me sorprendía; aún más abiertamente le había yo visto reinar en Bruselas, y aun participé entonces de su orgullo y de su glo-

ria; pero la felicidad de la quesera me había iniciado á más íntimas y puras alegrías. Yo las echaba muy de menos, y no podía menos de decírselo.—Y yo también, me decía, yo también echo muy de menos aquella temporada de delicias, superiores á todas las pompas y vanidades del mundo. Pero Dios no ha querido cambiar para nosotros el curso de las estaciones, y no hay felicidad eterna, así como no hay primavera eterna; esta es una ley de la naturaleza, á la que no podemos sustraernos. No dudes que todo está arreglado lo mejor posible en este mundo tan malo; no tiene el corazón del hombre más vigor, que duración los bienes de la vida; sometámonos pues: las flores se doblan, se marchitan, renacen todos los años; el alma humana puede renovarse como una flor, cuando conoce sus fuerzas y no abusa de ellas. Seis meses de felicidad no interrumpida era mucho, amada mía; tanta felicidad nos hubiera hecho morir, si hubiera continuado ó hubiéramos abusado de ella: el destino exige que bajemos de nuestras etéreas cimas y vengamos á respirar un aire menos puro en las ciudades. Aceptemos esta necesidad, y creamos que nos conviene. Cuando vuelva la primavera, volveremos á nuestras montañas, ansiosos de gozar nuevamente todos los bienes de que hemos estado privados aquí; conoceremos entonces mejor el precio de nuestra serena intimidad, y aquella estación de amor y de delicias de que nos hubieran desencantado los rigores del invierno, volverá más hermosa que la pasada primavera.

—¡Oh, sí!—le dije echándole los brazos al cuello—¡volveremos á Suiza! ¡Oh! ¡cómo te agradezco que lo desees y me lo prometas! Pero dime, Leoni, ¿no podríamos vivir aquí con menos pompa y más solos? Ya no nos vemos más que al trasluz de las llamaradas del ponche, ya no nos hablamos más que en medio de los cantos y de las carcajadas. ¿Por qué tenemos tantos amigos? ¿No nos bastaríamos el uno al otro?

—Julietta mía—me respondió—los ángeles son niños, y tú eres uno y otro. Tú no sabes que el amor es el empleo de las más nobles facultades del alma, y que es menester cuidar nuestras facultades como las niñas de nuestros ojos. Tú no sabes, vida mía, lo que es tu propio corazón; buena, sensible y cándida, crees que es un eterno manantial de amor; pero el mismo sol no es eterno. ¿Ignoras tú que el alma se cansa

como el cuerpo, y que es preciso cuidarla del mismo modo? Déjame á mí, Julieta, déjame alimentar el fuego sagrado en tu corazón, porque tengo mucho interés en conservarme tu amor, y en impedir que se desgaste demasiado. Todas las mujeres son como tú; se dan tanta prisa á amar, que luego de pronto se les acaba el amor sin saber por qué.

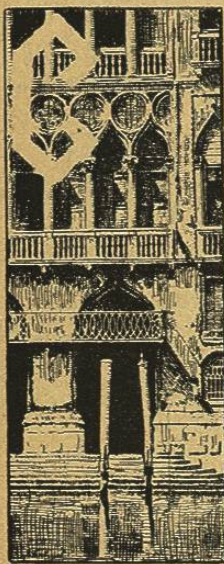
—¡Ingrato!—le respondí:—era eso lo que me decías por la noche en la cumbre de la montaña? Me pedías entonces que no te amase demasiado: ¿me creías capaz de cansarme de amarte?

—No, ángel mío, no—decía Leoni besándome las manos—ni ahora tampoco lo creo. Pero escucha los consejos de mi experiencia; los objetos exteriores tienen sobre nuestras más íntimas sensaciones un influjo contra el cual luchan en vano las almas más enérgicas. Allá en nuestro valle de la Suiza, rodeados de un aire puro, de naturales perfumes y melodías, podíamos y debíamos ser sólo amor, sólo poesía, sólo entusiasmo; pero acuérdate de que aun allí reprimía yo ese entusiasmo, tan fácil de perder, tan imposible de hallar ya una vez perdido. Acuérdate de nuestros días lluviosos en que ponía yo una especie de riguroso empeño en ocuparte, para preservarte de la reflexión y de la melancolía, que es su consecuencia inevitable, porque no dudes que el examen demasiado frecuente de nosotros mismos y de los demás es la más peligrosa de las investigaciones: á toda costa es preciso desecher esa necesidad egoísta que nos hace socavar á cada instante nuestro propio corazón y los de los demás, como un codicioso labrador que deja exhausta la tierra á fuerza de exigir que le produzca demasiado. Es preciso saber hacerse insensible y frívolo á veces; estas distracciones, estos descansos sólo son peligrosos para los corazones indolentes y flojos; un alma ardiente debe apetecerlos y buscarlos, para no consumirse á sí misma: un alma bien templada es siempre bastante rica de sensaciones. Una palabra, una mirada bastan para hacerla palpar en medio del ligero torbellino que la arrebató, y para hacerla volver más fogosa y tierna al sentimiento de su pasión. Aquí, créeme, Julieta mía, necesitamos movimiento y variedad; estos grandes palacios son hermosos, pero son tristes; el musgo marino roe sus cimientos, y el agua límpida que los refleja se ve con frecuencia acompa-

ñada de vapores que caen en forma de lágrimas. Este lujo es austero, y estos vestigios de nobleza que te agradan no son más que una larga serie de epitafios y de sepulturas que es preciso ceñir de flores. Es preciso llenar de seres vivos esta mansión sonora, en que tus mismas pisadas te aterrarian si estuvieses sola; es preciso arrojar el oro por las ventanas á ese pueblo que no tiene por lecho más que las frías losas de los puentes, para que el espectáculo de su miseria no nos entristezca el alma en medio de nuestra opulencia. Déjate alegrar por nuestras carcajadas y arrullar por nuestros cantores: sé bondadosa y descuida del porvenir; yo me encargo de arreglar tu vida y de hacértela grata, cuando no pueda hacértela deliciosa. Sé mi esposa y mi querida en Venecia; algún día serás mi ángel y mi sílfide en las montañas de la Suiza.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Año 1625 MONTERREY, MEXICO

## XI



on estas y otras razones calmaba mis inquietudes, y me arrastraba cándida y aletargada al borde del precipicio, y yo le agradecía en el alma el trabajo que se tomaba para persuadirme, cuando con una sola palabra podía hacerme obedecer. En seguida nos abrazábamos con ternura, y volvíamos al magnífico salón donde nos esperaban nuestros amigos para separarnos.

Sin embargo, á medida que se iba deslizando nuestra existencia de este modo, no se tomaba Leoni los mismos afanes para hacérmela amar; hacía menos caso del disgusto que me causaba, y cuando se lo decía, no procuraba convencerme con tanta dulzura.

Un día llegó al punto de estar conmigo brusco y amargo; ví que le cansaban mis quejas, y resolví no volver á hablar de ellas, pero desde entonces empecé á sufrir realmente y á creermelo infeliz. Esperaba con resignación que Leoni tuviese tiempo de volver á ocuparse en mí, y verdad es que en aquellos momentos era tan bueno y cariñoso que casi me aver-

gonzaba y me acusaba á mí misma de haber sufrido tanto: mi valor y mi confianza se reanimaban por algunos días, pero estos días de consuelo eran cada vez más raros.

Leoni, viéndome dulce y sumisa, me trataba siempre con cariño, pero no se curaba ya de mi melancolía, y sin embargo, me corroía el fastidio; Venecia me era cada vez más odiosa; sus aguas, su cielo, sus góndolas, todo me desagradaba en ella. Durante la noche, que pasaba Leoni jugando con sus



amigos, bajaba yo sola y triste por la azotea del palacio, vertiendo amargas lágrimas, y entonces me acordaba con honda pesadumbre de mi patria, de mi alegre infancia, de mi madre tan buena y tan sencilla, de mi pobre padre tan tierno y tan bondadoso, y hasta de mi tía con sus minuciosas impertinencias y sus largos sermones; parecíame que no podía soportar aquel país, que deseaba huir de él, ir á arrojarme á los pies de mis padres y olvidar para siempre á Leoni; pero si se abría alguna ventana debajo de mí, si Leoni cansado del juego y del calor salía un momento al balcón para respirar la fresca brisa de los canales, yo me vencía sobre la baranda para verle, y mi corazón palpitaba como en los primeros días de mi pasión, cuando penetraba en los umbrales de la casa paterna. Si la luz de la luna caía sobre él y me permitía distinguir su noble continente bajo el rico traje de capricho que usaba

siempre en el interior de su palacio, mi pecho latía de orgullo y de placer, como el día en que se introdujo en aquel baile de donde salimos para nunca más volver; si su voz deliciosa vibraba en un cántico brillante sobre los sonoros mármoles de Venecia y llegaba hasta mí, sentía yo mi rostro circundado de lágrimas, como por la noche en la cima de la montaña, cuando me cantaba alguna romanza melancólica compuesta para mí por la mañana.

Algunas palabras que oí un día en boca de uno de sus compañeros, aumentaron mi tristeza y mi fastidio hasta un grado insoportable. De los doce amigos íntimos de Leoni, el que más aversión me inspiraba era el vizconde de Chalm, francés que se decía emigrado; era el de más edad de todos ellos y el de más talento tal vez; pero bajo su refinada elegancia se traslucía una especie de cinismo que me indignaba. Era sardónico, indolente y malo; era además un hombre de costumbres relajadísimas, cobarde y falso; pero aunque yo no lo sabía, no necesitaba de estas buenas prendas para desagradarme soberanamente. Una tarde en que estaba yo asomada al balcón y que le impedía verme una cortina de seda, oí que decía al marqués Lorenzo de...

—Pero ¿dónde está Julieta?

Aquel modo de hablar de mí, me hizo ponerme encendida como la grana; seguí escuchando y quedé inmóvil.

—No sé—respondió el veneciano.—Pero ¡qué diablos! ¿tan enamorado estás de ella?

—No mucho—respondió—pero si...

—Pues... ¿y Leoni?

—Leoni me la cederá uno de estos días.

—¿Cómo? ¿Su propia mujer?

—¿Estás loco, marqués?—repuso el vizconde.—Tan mujer suya es como mía; es una muchachuela que robó en Bruselas, y cuando se cansa de ella, que será muy pronto, yo la acoto. Si la quieres después, ponte en lista.

—Lo agradezco—respondió el marqués;—sé cómo depravas tú á las mujeres, y no me siento con ánimo para sucederte.

No pude oír más; reclinéme medio muerta sobre la baranda, y cubriéndome el rostro con mi chal, sollocé de cólera y de vergüenza.

Aquella misma noche llamé á Leoni á mi cuarto y me quejé á él amargamente del modo insultante con que me habían tratado sus amigos; pero él tomó la cosa con una indiferencia que me clavó un dardo en el corazón.

—Eres una simple—me dijo;—tú no sabes lo que son los hombres; sus pensamientos son indiscretos y sus palabras lo son aún más; los mejores son los calaveras. Una mujer de talento debe reírse de sus pretensiones en vez de enfadarse por tan poca cosa.

Dejéme caer sobre un sillón anegada en llanto.

—¡Oh! ¡madre mía! ¡madre mía!—exclamé.—¡Á qué estado ha llegado tu hija!..

Leoni se esforzó para serenarme, y lo logró con harta facilidad; echóse á mis pies, besó mis manos y mis brazos, me pidió que despreciase aquellas necias palabras y no pensase más que en él y en su amor.

—¿Y qué debo pensar—le dije—cuando tus amigos se lisonjean con la esperanza de recogerme como hacen con tus pipas, cuando te cansan?

—Julieta—respondió—el orgullo ofendido te hace cruel é injusta. He sido libertino, tú lo sabes: muchas veces te he hablado de los extravíos de mi juventud, pero creo que había purificado mi alma el aire de nuestras montañas. Mis amigos viven aún en el desorden en que he vivido yo; ellos no saben, ellos no comprenderán jamás los seis meses que hemos pasado en Suiza. ¿Pero tú deberías desconocerlos y olvidarlos?

Pedíle perdón, derramé lágrimas menos acerbas sobre su frente y sus hermosos cabellos, y procuré olvidar la funesta impresión que me había causado. Esperaba además que daría á entender á sus amigos que yo no era una manceba, y que los obligaría á respetarme; pero ó no quiso, ó no se acordó de hacerlo, porque el día después y todos los siguientes vi las miradas del vizconde fijarse en mí con la mayor impudencia y descaro.

Yo estaba desesperada, pues no sabía cómo sustraerme á los males en que me había precipitado; tenía demasiado orgullo para ser feliz, y estaba demasiado enamorada para renunciar á Leoni.

Entré una noche en el salón á tomar un libro que se me

había olvidado encima del piano; Leoni estaba en junta con sus amigos favoritos, agrupados al rededor de una mesa en un rincón del cuarto poco alumbrado, desde donde no advertían mi presencia. El vizconde parecía estar de humor de incomodar, cosa que le sucedía con harta frecuencia.

—Barón Leone Leoni—dijo con voz seca é irónica—¿sabes, amigo mío, que te pierdes como un hombre?

—¿Qué quieres decir?—repuso Leoni;—aún no tengo deudas en Venecia.

—Pero pronto las tendrás.

—Así lo espero—respondió Leoni con la mayor sangre fría.

—¡Corpo di Baco!—dijo el vizconde—eres el primero de los hombres para arruinarte. ¡Ciento cincuenta mil francos en cuatro meses! Eso se llama ir por la posta.

La sorpresa no me había dejado dar un paso más: inmoble y conteniendo el resuello, esperaba el fin de aquel diálogo singular.

—¿Ciento cincuenta mil francos?—preguntó el marqués veneciano con indiferencia.

—Sí—repuso Chalm;—el judío Tadeo se los contó en buena moneda á principios del invierno.

—Bien—dijo el marqués;—Leoni, ¿has pagado el alquiler de tu palacio hereditario?

—¡Tomal y adelantado—respondió Chalm.

—¿Pues, se lo hubieran alquilado, sin esa pequeña circuns-  
tancia?

—¿Y qué piensas hacer cuando no te quede una peseta?—preguntó á Leoni uno de sus amigos.

—Empeñarme hasta los ojos—dijo Leoni con imperturbable serenidad.

—Más fácil es eso que hallar judíos que nos dejen tres meses en paz—dijo el vizconde.

—¿Y cuando empiecen á importunarte tus acreedores?...

—Tomaré un barquillo, y... y ya me entiendes—respondió Leoni sonriendo.

—¿Y te irás á Trieste?

—No, está muy cerca; á Palermo. Aún no he estado en aquella ciudad.

—Pero cuando se llega á cualquiera parte, es preciso empezar á hacer papelón desde los primeros días.

—La Providencia me ayudará—respondió Leoni;—ella es la madre de los audaces.

—Pero no la de los perezosos—dijo Chalm—y no conozco hombre en el mundo que lo sea más que tú. ¿Qué diablos te has estado haciendo en Suiza con tu quebradero de cabeza durante seis meses?

—Silencio sobre ese punto—respondió Leoni;—la he querido, y romperé el alma al primero que se chancee sobre ello.

—Leoni, empinas demasiado—le dijo otro amigo.

—Puede ser—respondió Leoni;—pero lo dicho dicho.

No respondió el vizconde á esta especie de provocación, y el marqués se apresuró á mudar de conversación.

—¿Pero por qué diablos no juegas?—dijo á Leoni.

—¡Almas de Judas! todos los días juego por complaceros. ¡Á mí, que aborrezco el juego, me volveréis estúpido con vuestras cartas y vuestros dados y vuestros bolsillos sin fondo y vuestras manos insaciables! Todos sois unos necios; cuando daís un golpe maestro, en vez de descansar y sacar el jugo á la vida, os agitáis hasta que se vuelve la suerte.

—¡La suerte! ¡la suerte!—dijo el marqués—ya sabemos por acá lo que es la suerte.

—Pues yo no quiero volver á probarla; bien escarmentado quedé en París. ¡Cuando pienso que existe un hombre á quien Dios quiera en su misericordia dar á todos los diablos!...

—¡Hola!—dijo el vizconde.

—Un hombre—dijo el marqués—de quien tendremos que deshacernos á toda costa, si queremos recobrar la libertad en la tierra. Pero paciencia; somos dos contra él.

—No tengas cuidado—dijo Leoni—que no he olvidado de tal modo la antigua costumbre de nuestro país, que no sepa quitar de en medio al hombre que nos moleste. Sin aquel diablo de amor que me tenía medio chocho, ya hubiera podido hacerlo en Bélgica.

—¿Tú?—dijo el marqués—tú nunca has trabajado en ese género, y nunca tendrás valor para hacerlo.

—¿Valor?—exclamó Leoni levantándose de su asiento con ojos centelleantes.

—Dejémonos de extravagancias—repuso el marqués con aquella espantosa sangre fría que tenían todos ellos;—entendámonos. Tú tienes valor para matar á un oso ó un jabalí;



pero para matar á un hombre, tienes demasiadas ideas sentimentales y filosóficas en la cabeza.

—¿Quién sabe?—dijo Leoni volviendo á levantarse.

—¿Y no puedes jugar en Palermo?—dijo el vizconde.

—¡Maldito sea el juego! Si pudiera apasionarme por algo, por la caza, por un caballo, por alguna calabresa morena, iría el verano que viene á encerrarme en el Abruzo y pasar algunos meses sin acordarme de vosotros.

—Vuelve á enamorarte de Julieta—dijo el vizconde con ironía.

—No volveré á enamorarme de Julieta—respondió Leoni montado en cólera;—pero te daré un bofetón si vuelves á pronunciar ese nombre.

—Es menester hacerle beber té—dijo el vizconde;—está borracho como una cuba.

—Vamos, Leoni—añadió el marqués apretándole el brazo;—esta noche nos tratas infamemente: ¿qué tienes? ¿No somos ya tus amigos? ¿Dudas de nosotros? Habla.

—No, no dudo de vosotros—dijo Leoni;—antes bien os hago completa justicia; sé lo que valéis todos, y juzgo el bien y el mal sin prevención alguna.

—¡Ah! sería cosa de ver...—dijo el vizconde entre dientes.

—¡Ea, venga ponche, venga!—exclamaron todos los demás;

—no es posible que haya buen humor entre nosotros si no acabamos de emborrachar á Chalm y á Leoni. Ya han llegado á los ataques de nervios, y será posible que caigan en un completo letargo.

—¡Sí, amigos míos, sí!—exclamó Leoni—¡el ponche, la amistad! ¡la vida, la dulce vida! ¡Mueran las cartas! Ellas son las que me ponen adusto. ¡Viva el delirio! ¡Vivan las mujeres! ¡Vivan la pereza, el tabaco, la música, el dinero! ¡Vivan las hermosas niñas y las condesas viejas! ¡Viva el diablo, viva el amor! ¡Viva todo lo que hace vivir! Todo es bueno para el que está bastante bien constituido para aprovecharse y disfrutar de todo.

En esto se pusieron todos en pie, entonando un coro báquico, y yo huí despavorida, subí la escalera con la precipitación de una persona que cree que la persiguen, y caí sin sentido en mitad de mi cuarto.

## XII



El día siguiente por la mañana me encontré tendida sobre la alfombra, tibia y helada como por la muerte; aquel mismo día se declaró en mí una calentura cerebral, durante la cual me pareció ver muchas veces á Leoni junto á mi cabecera; pero no pude conseguir de él más que una idea muy confusa. Al cabo de tres días estuve fuera de peligro, y entonces venía Leoni con frecuencia á informarse del estado de mi salud y á pasar una parte de la mañana conmigo. Todas las tardes salía del palacio á las seis y no volvía hasta el día siguiente por la madrugada; esto lo supe después.

De todo cuanto yo había oído, sólo comprendía claramente una cosa que era la causa de mi desesperación, y es que Leoni ya no me amaba. Hasta entonces nunca había yo querido creerlo, aunque toda su conducta debía probármelo; resolví pues no contribuir por más tiempo á su ruina, ni abusar más de un resto de compasión y generosidad que le prescribía aún ciertas atenciones hacia mí. Hícele llamar apenas me sentí con fuerzas para soportar